



MEMORIA AFECTIVA CULTURAL DEL CARNAVAL QUE SE PERPETÚA EN LA RELACIÓN COMUNIDAD-ESCUELA

AFFECTIVE CULTURAL MEMORY OF THE CARNIVAL THAT IS PERPETUATED IN THE RELATIONSHIP BETWEEN COMMUNITY AND SCHOOL

Mariana Carvajal

Universidad de la Costa-CUC,
Colombia

Karen Navarro

Universidad de la Costa-CUC,
Colombia

Yolanda Silvera

Universidad de la Costa-CUC,
Colombia

Alexa Senior-Naveda

Universidad de la Costa-CUC,
Colombia

RESUMEN

El presente artículo analiza el Carnaval de Barranquilla como una experiencia formativa en la infancia, a partir del uso de cartografías simbólicas con códigos de color elaboradas por niños y niñas participantes. El objetivo central es comprender la significación del carnaval en los imaginarios infantiles y su impacto en la construcción de la identidad cultural desde una perspectiva pedagógica, artística y sociocultural. Se empleó una metodología cualitativa con enfoque etnográfico, utilizando entrevistas semiestructuradas, talleres creativos y cartografía participativa como herramientas centrales para el levantamiento de información.

Entre los hallazgos más relevantes se destaca la configuración de una me-

moria afectiva colectiva en los dibujos infantiles, los cuales permiten evidenciar una apropiación simbólica del espacio festivo, la creación de narrativas propias y la incorporación de elementos tradicionales en su imaginario. Estos mapas emocionales, cargados de color, movimiento y símbolos, muestran cómo los niños reinterpretan el carnaval desde su cotidianidad y afectividad, produciendo discursos que les permiten fortalecer su sentido de pertenencia y su vínculo con el territorio. Asimismo, se identificó que el carnaval actúa como un escenario de transmisión intergeneracional de saberes, donde las prácticas culturales son heredadas, adaptadas y resignificadas desde edades tempranas.

Esta experiencia festiva no solo estimula la creatividad, sino que se con-

vierte en un espacio educativo no formal que favorece la formación ciudadana, la construcción de identidad y la cohesión social. Las limitaciones del estudio radican en su carácter local y en la muestra acotada a ciertos barrios de Barranquilla; no obstante, su valor reside en ofrecer una lectura profunda y situada del carnaval desde la voz de la

Esta investigación propone una nueva forma de interpretar el espacio festivo como territorio pedagógico, simbólico y emocional, donde los niños y niñas no solo participan, sino que también narran, representan y recrean colectivamente su cultura; de esta forma, se aporta a la comprensión del carnaval como un fenómeno complejo que articula arte, memoria, educación e identidad.

Palabras clave: Carnaval de Barranquilla; infancia; identidad cultural; cartografía simbólica; formación ciudadana; memoria afectiva; espacio festivo; etnografía; cultura popular; educación no formal.

© The author; licensee Universidad de la Costa - CUC. LA CASA DEL MAESTRO vol. 2 no. 2, pp. 4 - 16. Jul. - Dic., 2024

ABSTRACT

This article analyzes the Barranquilla Carnival as a formative experience in childhood through the use of symbolic cartographies with color codes created by participating children. The main objective is to understand the meaning of the carnival in children's imaginaries and its impact on the construction of cultural identity from a pedagogical, artistic, and sociocultural perspective. A qualitative methodology with an ethnographic approach was used, employing semi-structured interviews, creative workshops, and participatory mapping as core data collection tools.

Key findings highlight the configuration of a collective affective memory in children's drawings, which reveal a symbolic appropriation of festive spaces, the creation of personal narratives, and the incorporation of traditional elements into their imagination. These emotional maps, rich in color, movement, and symbols, demonstrate how children reinterpret the carnival through their everyday

experiences and emotional bonds, producing discourses that strengthen their sense of belonging and connection to the territory. Moreover, the carnival is identified as a space for intergenerational transmission of knowledge, where cultural practices are inherited, adapted, and re-signified from an early age.

This festive experience not only stimulates creativity but also becomes a non-formal educational space that fosters civic formation, identity construction, and social cohesion. Despite its local scope and limited sample drawn from specific neighborhoods in Barranquilla, the study provides a deep and situated reading of the carnival from the perspective of childhood.

This research proposes a new way to interpret the festive space as a pedagogical, symbolic, and emotional territory where children not only participate but also narrate, represent, and collectively recreate their culture. Thus, it contributes to the understanding of the carnival as a complex phenomenon that integrates art, memory, education, and identity.

Keywords: *Barranquilla Carnival; childhood; cultural identity; symbolic cartography; civic formation; affective memory; festive space; ethnography; popular culture; non-formal education.*





INTRODUCCIÓN

El Carnaval de Barranquilla constituye una práctica cultural profundamente enraizada en la cotidianidad simbólica de las infancias, más allá de su percepción tradicional como evento folclórico. Este fenómeno festivo se configura como un escenario de socialización primaria, donde los niños y niñas internalizan valores culturales, afectivos y comunitarios desde las primeras etapas del desarrollo. Según Gómez (2022), estas vivencias tempranas operan como mediaciones pedagógicas no formales, que articulan el sentido de pertenencia con la construcción de identidad. En consecuencia, el carnaval se consolida como un dispositivo formativo integral, que transita de lo familiar a lo colectivo mediante expresiones como el juego, la danza y la música. De hecho, como señalan Pardo y Martínez (2023), el entorno doméstico constituye el primer nodo simbólico de apropiación festiva, a través de interacciones como los relatos orales, la confección de disfraces en familia y la participación activa en comparsas infantiles. Por tanto, se puede sostener que el carnaval no se aprende por instrucción directa, sino que se hereda emocionalmente y se vive desde la corporalidad y el afecto.

En efecto, esta transmisión intergeneracional de saberes y emociones no opera de forma aislada, sino que se activa mediante dinámicas comunitarias de participación co-

lectiva. A través de la experiencia carnavalesca, los niños y niñas se integran en un sistema de significaciones compartidas que fortalece los vínculos sociales y revitaliza el tejido cultural del territorio. Así lo plantea Salcedo (2024), al argumentar que el carnaval funge como un agente de cohesión social que habilita espacios para el diálogo entre generaciones y la reconstrucción de memorias colectivas. De igual manera, Morales y Arrieta (2021) destacan que la participación infantil en estos eventos contribuye a la formación de ciudadanía cultural, en tanto promueve la conciencia de lo colectivo, la solidaridad y el trabajo en equipo como fundamentos de la convivencia. En este sentido, el carnaval no solo reproduce símbolos tradicionales, sino que resignifica la historia local desde la mirada fresca e interpretativa de la niñez. Por ende, el valor formativo del carnaval se potencia cuando los niños actúan como protagonistas activos de una tradición que se transforma constantemente sin perder su esencia cultural.

Además, el carnaval ofrece un espacio simbólico privilegiado para la expresión emocional, estética y lúdica de las infancias, lo cual incide directamente en su desarrollo psicosocial. En este contexto, se suspenden temporalmente las jerarquías normativas del entorno cotidiano, permitiendo el despliegue libre de

la creatividad, el juego y el goce compartido. Como afirman León y Cabarcas (2022), estos momentos festivos propician una forma de comunicación alternativa, en la que el cuerpo, el arte y el movimiento se convierten en canales legítimos de aprendizaje y construcción de sentido. Asimismo, Villalba y Mendoza (2023) enfatizan que el carnaval actúa como un espacio de encuentro intercultural, donde los niños experimentan la diversidad y desarrollan habilidades empáticas a través del contacto con múltiples expresiones artísticas y relatos de vida. Por consiguiente, esta dimensión expresiva no solo enriquece la sensibilidad infantil, sino que también aporta a la formación integral de sujetos abiertos, creativos y capaces de dialogar con la diferencia.

Por otro lado, es fundamental reconocer que el carnaval no es una tradición estática, sino una práctica viva que se reconfigura a través de la participación de nuevas generaciones. Los niños no son simples receptores pasivos de la cultura, sino agentes activos que reinterpretan y actualizan los significados festivos desde sus propias experiencias. En relación con esto, Andrade y Bolívar (2021) sostienen que la memoria afectiva infantil se convierte en un archivo dinámico de la tradición, donde cada participación deja una marca indeleble en la construcción subjetiva del niño. Igualmente, Pé-

rez y Fonseca (2024) destacan que la incorporación temprana al carnaval fortalece el sentido de pertenencia territorial y promueve aprendizajes que trascienden los espacios formales de la escuela. Así, el carnaval no se reduce a una celebración estacional, sino que se constituye en una pedagogía sensorial que permanece latente en la memoria, la emocionalidad y la práctica cotidiana. En definitiva, esta vivencia festiva adquiere una dimensión formativa de largo alcance, consolidando al carnaval como un agente educativo legítimo dentro del proceso de socialización infantil.

ESTADO DEL ARTE

El Carnaval de Barranquilla ha sido históricamente reconocido como una manifestación cultural, social y patrimonial de gran envergadura, profundamente enraizada en las prácticas simbólicas del Caribe colombiano. No obstante, durante los últimos años ha emergido un enfoque que se interesa por comprender este fenómeno desde la perspectiva de la infancia, entendiendo a los niños no solo como espectadores, sino como sujetos activos en la producción y resignificación cultural. De acuerdo con Restrepo (2015), la infancia participa en el carnaval no como un receptor pasivo de la tradición, sino como una generación que observa, interpreta y reconstruye sentidos culturales a través de su propia sensibilidad. Asimismo, Ardila Guerrero et al. (2018) sostienen que los niños, mediante su participación lúdica y creativa, contribuyen a la continuidad del patrimonio intangible, expresando formas únicas de leer el entorno festivo desde lo emocional, lo imaginativo y lo cotidiano. En este sentido, se consolida una perspectiva que reconoce la centralidad de la mirada infantil en el análisis del carnaval, desplazando los enfoques adultocéntricos tradicionales y generando una apertura teórica hacia modelos más horizontales y participativos.

Además, resulta pertinente destacar que las aproximaciones actuales han comenzado a vincular el carnaval con los procesos educativos y formativos, especialmente en contextos escolares y comunitarios donde se refuerza el valor de la identidad cultural. Así, desde la propuesta de educación desde el territorio, Vega (2018) argumenta que la vivencia del carnaval en la escuela no solo fortalece el sentido de pertenencia, sino que activa memorias colectivas que se entretrejen con las dinámicas propias del aula, generando aprendizajes significativos y arraigados en la experiencia local. Por su parte, Navarro (2022) profundiza en la idea de la infancia como constructora de memoria, subrayando que las prácticas culturales permiten a los niños apropiarse de los símbolos festivos y recrearlos desde sus propios relatos. En consecuencia, la escuela y la comunidad se convierten en espacios mediadores que, lejos de imponer un conocimiento cerrado sobre el carnaval, promueven su reinterpretación constante a través de las vivencias infantiles. De este modo, se configura un escenario donde el carnaval es tanto una expresión tradicional como una práctica pedagógica que dinamiza la cultura local a través de la infancia.

Por último, es fundamental reconocer que el cuerpo teórico reciente ha ampliado su mirada hacia las formas de representación simbólica utilizadas por los niños para expresar su experiencia del carnaval, abriendo camino a herramientas interpretativas que legitiman sus lenguajes propios. En este contexto, diversos estudios han incorporado el análisis de producciones gráficas, narrativas orales y mapeos simbólicos como medios válidos para comprender cómo los niños interiorizan y transforman el universo festivo. Por ejemplo, González Pérez



(2021) plantea que las cartografías emocionales elaboradas por los niños con códigos de color revelan no solo lo que observan del carnaval, sino cómo lo sienten, lo recuerdan y lo vinculan a su entorno inmediato. Igualmente, Rodríguez y Salazar (2023) enfatizan en que estas expresiones representan un canal legítimo para analizar los vínculos entre memoria, emoción y territorio desde la mirada infantil. En consecuencia, el estado actual del arte permite afirmar que el carnaval, más allá de ser una celebración transmitida de generación en generación, es también una experiencia formativa y transformadora que se vive, se piensa y se reconfigura desde la infancia con una profunda carga simbólica.

METODOLOGÍA



La presente investigación se inscribe dentro del paradigma cualitativo, específicamente bajo un enfoque etnográfico que permite comprender los significados sociales desde la perspectiva de los propios actores. En este sentido, se parte de una concepción de infancia como categoría social activa, en la cual los niños no solo son portadores de cultura, sino también creadores de sentido en sus contextos cotidianos. Por tanto, se reconoce su capacidad para interpretar, representar y resignificar el Carnaval de Barranquilla a través de sus vivencias. Esta aproximación metodológica permite un análisis situado, contextualizado y profundo de las dimensiones simbólicas, pedagógicas y emocionales del carnaval vivido por la niñez (Salazar & Mendoza, 2023). Así, el enfoque etnográfico se justifica en tanto facilita la comprensión de fenómenos culturales complejos mediante la inmersión prolongada del investigador en el campo, posibilitando una lectura densa y significativa de las

prácticas sociales (Geertz, 2022). Como consecuencia, la etnografía no se limita a una mera observación de eventos, sino que implica un compromiso interpretativo con la experiencia infantil.

Para la recolección de información se emplearon tres técnicas articuladas de manera complementaria: talleres de cartografía simbólica, entrevistas semiestructuradas y observación participante. En primer lugar, los talleres creativos se desarrollaron con niños entre los 7 y 12 años de edad, organizados en grupos pertenecientes a semilleros culturales vinculados al carnaval barranquillero. Durante estas sesiones, se propuso la elaboración de cartografías simbólicas mediante el uso de dibujos y colores, como una estrategia de mediación expresiva que permite acceder al mundo emocional y cognitivo de los participantes. En este proceso, se establecieron categorías simbólicas a partir de un acuerdo con los niños, lo cual permitió una codificación compartida

y significativa de los datos visuales (Lopera, 2021). A su vez, esta técnica habilitó la emergencia de narrativas gráficas con gran carga emocional, posibilitando una interpretación hermenéutica de las representaciones elaboradas. En consecuencia, el material cartográfico resultó ser una herramienta epistémica eficaz para desentrañar la visión que los niños construyen sobre el carnaval (Linares & Carranza, 2024).

Además, las entrevistas semiestructuradas fueron diseñadas para profundizar en las percepciones, recuerdos y significaciones que los niños atribuyen al carnaval desde sus propias voces. A diferencia de los cuestionarios estructurados, esta técnica permite una interacción flexible y dialógica, que se adapta al ritmo, lenguaje y contexto del entrevistado, respetando su agencia narrativa. De manera complementaria, se utilizó la observación participante como estrategia fundamental para captar las dinámicas grupales, las formas de interacción y los len-



guajes no verbales que emergen en el proceso de creación simbólica. Esta observación no fue pasiva, sino que implicó la participación activa del investigador, promoviendo así una escucha empática y un vínculo horizontal con los niños (Mejía & González, 2022). Como resultado, se generó un ambiente de confianza que favoreció la autenticidad en las expresiones infantiles, condición imprescindible para acceder a su universo simbólico. Por ende, la combinación de estas tres técnicas aseguró una triangulación metodológica robusta, enriqueciendo la validez y profundidad del análisis cualitativo (Restrepo & Castañeda, 2023).

El análisis de la información recolectada se llevó a cabo mediante una codificación abierta y axial, orientada por los principios de la teoría fundamentada, con el fin de identificar categorías emergentes que dieran

cuenta de las representaciones infantiles del carnaval. En este proceso, se buscaron patrones recurrentes en los dibujos, narraciones y comportamientos observados, estableciendo conexiones con referentes teóricos en el ámbito de la pedagogía cultural, los estudios de infancia y la antropología simbólica. A fin de garantizar la validez interna, se implementaron estrategias de devolución a los participantes, contrastando los hallazgos preliminares con sus propias interpretaciones y observaciones. Este procedimiento, además de ético, fortalece la credibilidad del estudio al incorporar la mirada reflexiva de los sujetos investigados (Martínez & Duarte, 2022). De igual forma, los resultados fueron triangulados con literatura científica especializada y con experiencias previas de investigaciones afines en contextos latinoamericanos (Blanco, 2023), lo que permitió una contextualización crítica y comparativa de los hallazgos obtenidos.

Las cartografías analizadas revelaron una alta capacidad simbólica por parte de los niños para representar de manera compleja y crítica los múltiples niveles del carnaval. En efecto, a través de la codificación cromática, emergieron categorías relacionadas con el territorio, las relaciones afectivas, la economía informal y los imaginarios del futuro, cada una representada por un color específico. Tal como indican Vásquez Becerra y Parada Bautista (2019), las herramientas simbólicas como el dibujo posibilitan en los niños una elaboración profunda de su mundo social, permitiéndoles articular emociones, saberes y experiencias en un lenguaje propio. A su vez, estas producciones gráficas no solo expresan, sino que también configuran subjetividades, dando lugar a una pedagogía de la sensibilidad que reconoce la infancia como

productora de conocimiento (Restrepo, 2021). Así, el uso de colores como negro, azul, rojo y verde va más allá de una estética lúdica; se convierte en una gramática visual cargada de significados sociales, afectivos y políticos.

Por ejemplo, el color negro, según lo convenido con los participantes, representa el territorio físico donde se despliega el carnaval. Los niños delimitaron calles, tarimas, palcos y espacios escolares con este color, demostrando una comprensión espacial compleja y una lectura simbólica del entorno urbano. Este color no solo designa geografía, sino también memoria colectiva: lugares donde ocurren encuentros, rituales y vivencias significativas (Camargo & Beltrán, 2021). En varios mapas, la escuela aparece marcada con negro, lo que sugiere que los niños la reconocen como un espacio central en la vivencia del carnaval, tanto en lo institucional como en lo afectivo. Este hallazgo refuerza la idea de que la escuela no es solo un lugar de



instrucción, sino también un territorio de significación cultural donde se articulan saberes formales y expresiones festivas (López, 2023). Por tanto, el color negro adquiere una función organizadora en la cartografía emocional infantil.

Por otro lado, el azul simboliza las figuras afectivas que acompañan a los niños durante el carnaval, como padres, abuelos, vecinos y docentes. En las cartografías, estas personas aparecen ilustradas con gestos de alegría, apoyo y complicidad, lo que evidencia un entramado relacional que sustenta emocionalmente la participación infantil en el evento. De acuerdo con Rico y Páez (2022), la red afectiva cumple un papel central en la construcción del sentido de pertenencia y en el aprendizaje de las prácticas culturales. A través del color azul, los niños no solo representan personas, sino que manifiestan vínculos, sentimientos y memorias compartidas. Además, esta representación refuerza la noción de comunidad como un soporte esencial en los procesos de socialización cultural, especialmente en escenarios festivos donde se entrelazan generaciones, saberes y emociones (Sierra, 2023). En consecuencia, el azul actúa como un color mediador de lo afectivo en el imaginario infantil del carnaval.

El color rojo, en cambio, aparece vinculado a las actividades económicas informales que giran en torno al carnaval. Los niños representaron con este color a vendedores de comida, portadores de espuma, personas que alquilan sillas o venden accesorios. Esta elección no es aleatoria, ya que evidencia una comprensión crítica de la dimensión económica del evento, la cual es asumida por los niños como parte integral de la experiencia festiva. Según Quintero y Salinas (2021), los niños son capaces de percibir dinámicas sociales complejas cuando estas forman parte de su cotidianidad, especialmente en contextos donde la festividad se entrelaza con el sustento familiar. Por tanto, el color rojo no solo representa personas, sino también relaciones socioeconómicas, estrategias de sobrevivencia y prácticas comunitarias. Al incluir estas figuras en sus cartografías, los niños reconocen y valorizan el trabajo de quienes hacen posible la celebración desde lo económico (Paredes, 2022), integrando así una mirada sensible y politizada del entorno.

Finalmente, el color verde se asocia con los imaginarios del carnaval futuro, revelando una visión esperan-



zadora y propositiva por parte de los niños. En sus dibujos, aparecen escenarios más verdes, limpios, inclusivos y seguros, donde la tecnología y el medio ambiente coexisten armónicamente. Este uso del verde indica no solo una aspiración estética, sino también una preocupación ética y ecológica por el porvenir de la festividad. Tal como argumentan Andrade y Suárez (2023), los niños proyectan deseos y utopías a través del arte, construyendo futuros deseables que dan cuenta de sus valores y expectativas. De igual modo, los valores de inclusión, respeto y diversidad son reiterados en los dibujos, lo cual permite afirmar que los niños no solo observan el presente, sino que también lo critican y lo transforman simbólicamente desde su imaginación (Ortega, 2024). Así, el verde se convierte en un color de transformación, síntesis de una mirada crítica, creativa y comprometida con el futuro del carnaval.



RESULTADOS

Representación de comparsas y árboles

En esta cartografía se observan comparsas conformadas por figuras humanas con vestimentas llamativas, acompañadas de una fila de árboles. La presencia de la naturaleza junto al desfile sugiere una concepción armónica del espacio urbano festivo. Según Vigotsky (2022), los niños construyen significados a partir de interacciones sociales y culturales; aquí, el carnaval es entendido como un evento comunitario que se integra al entorno cotidiano. Además, la disposición ordenada de los elementos refleja una interiorización del ritual festivo como una experiencia estructurada y significativa. Desde la teoría de la educación estética de Eisner (2021), estos dibujos son formas de pensamiento visual que traducen emociones y conocimiento cultural. La participación infantil se vuelve evidente en los trazos seguros y repetitivos, revelando un sentido de pertenencia al territorio y la tradición. También es relevante la relación entre espacio físico y memoria colectiva, como lo plantea Nora (2021), al reflejarse en la forma en que los niños distribuyen simbólicamente los elementos del carnaval.

Tarimas, casas y espectadores

Esta representación muestra tarimas, casas decoradas y figuras humanas observando el desfile, lo cual revela una comprensión del carnaval como fenómeno social que articula lo público y lo privado. La presencia de espectadores y espacios habitacionales simboliza cómo el carnaval se vive no solo desde la calle, sino también desde el ho-

gar. Según Rogoff (2023), los niños aprenden observando y participando en las prácticas culturales locales, lo que se traduce en un reconocimiento activo de su rol dentro del evento. Esta imagen también concuerda con las investigaciones de Jiménez & Moreno (2022), quienes señalan que la participación infantil en eventos festivos fortalece los la-

zos intergeneracionales. El uso del color para delimitar funciones (tarima roja, casa amarilla, espectadores azules) indica una conciencia de los roles sociales. De esta forma, la cartografía permite identificar cómo los niños codifican el conocimiento colectivo y desarrollan competencias espaciales y culturales.



Espacios abiertos, juegos y familias

En esta cartografía se visualizan caminos sinuosos, bancos, espacios verdes y figuras humanas interaccionando, lo que sugiere una interpretación del carnaval como un tiempo-espacio para el encuentro y el juego. La disposición de los elementos y la interacción entre figuras representa el carnaval más allá del desfile: como espacio para la recreación y la sociabilidad. Según Tonucci (2021), los niños entienden la ciudad como un territorio que se resignifica a través del juego, y esta representación lo confirma. El uso de líneas para marcar caminos y zonas de encuentro revela una apropiación simbólica del espacio urbano. Esta idea se refuerza con los hallazgos de Ramírez et al. (2023), quienes destacan que el carnaval propicia aprendizajes implícitos en convivencia, organización social y resiliencia.

En este sentido, los niños no solo reproducen la estética carnavalesca, sino que reconstruyen el territorio con significados propios que responden a sus experiencias y deseos.

Música, disfraces y afectividad

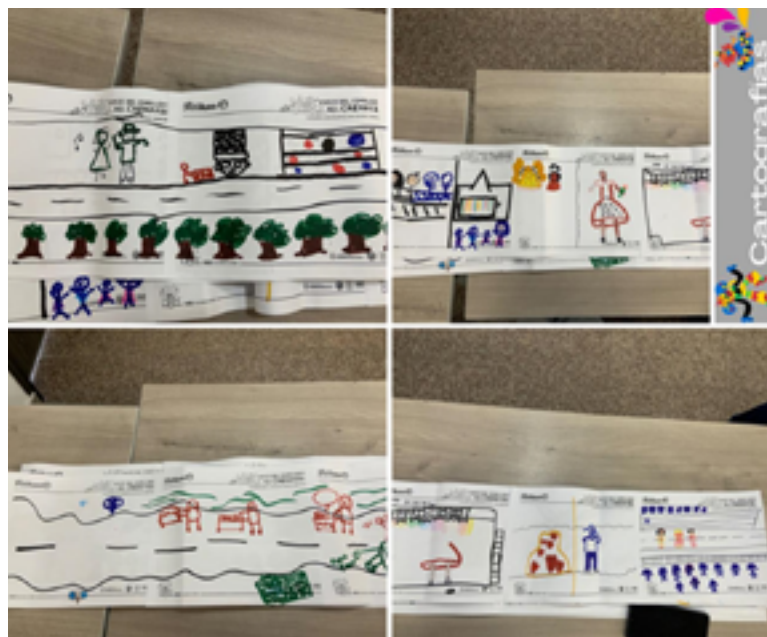
En esta imagen se representan instrumentos musicales, disfraces vistosos y corazones, lo cual indica una vivencia emocional y afectiva del carnaval. El color rojo destaca en esta cartografía como símbolo de pasión, alegría y pertenencia. Esta dimensión afectiva está en línea con las teorías de Nussbaum (2021), quien sostiene que las emociones son constitutivas del juicio ético y social. Aquí, el carnaval es vivido como una experiencia afectiva integral que une a la comunidad a través del arte y la emoción. Además, los instrumentos y trajes señalan una apropiación estética del cuerpo y el sonido, como lo describe Hall (2022) en sus estudios sobre performatividad cultural. La cartografía no solo representa una festividad, sino que se convierte en una narración gráfica de sentimientos, identidad y expresión. Así, el dibujo infantil evidencia cómo el carnaval se vive desde el corazón, no solo como tradición, sino como parte del ser colectivo.



Discusión de los resultados

En primer lugar, es fundamental destacar que la cartografía simbólica se convierte en una herramienta didáctica altamente efectiva, al permitir que los niños representen su percepción del Carnaval de Barranquilla mediante códigos cromáticos cargados de significado: el negro se asocia a los espacios físicos y su disposición en el territorio, el azul identifica a los participantes y sus roles dentro de la festividad, el rojo evidencia los aspectos socioeconómicos vinculados a la celebración, y el verde articula las preguntas orientadoras que proyectan el futuro del carnaval desde una mirada infantil. En este sentido, se establece una doble dimensión de análisis: por un lado, la expresión artística como medio de exteriorización de vivencias subjetivas, y por otro, el análisis territorial y emocional desde una perspectiva simbólica (Rodríguez, 2020). De este modo, el uso del color no es meramente decorativo, sino una herramienta epistémica que permite comprender cómo los niños construyen conocimiento sobre su entorno, codificando emocionalmente el espacio festivo.

Además, esta metodología propicia un cambio de paradigma en cuanto al lugar que se le asigna a la infancia en los procesos de producción cultural. En lugar de concebir a los niños como receptores pasivos de tradiciones heredadas, se les reconoce como ciudadanos activos capaces de diagnosticar, reflexionar y actuar sobre su entorno inmediato. A través de esta práctica cartográfica, los menores desarrollan competencias críticas y comunicativas que les permiten comprender las tensiones y posibilidades del carnaval como fenómeno social. Tal como lo sostienen Molina y Herrera (2021), "la infancia no es solo depositaria de una tradición, sino también agente de cambio social que construye desde el juego, el arte y la emoción". Esta afirmación resulta coherente con los hallazgos de la presente investigación, donde los dibujos y representaciones visuales demuestran una comprensión compleja y sensible del territorio y su dimensión cultural.



Asimismo, es relevante contrastar estos resultados con los hallazgos expuestos por Díaz y Torres (2022) en su estudio sobre el Carnaval de Oruro en Bolivia, donde también se implementó la cartografía simbólica con población infantil. En dicho trabajo, los investigadores concluyeron que los niños otorgan un valor identitario al carnaval, pero su representación simbólica tiende a centrarse en figuras religiosas y mitológicas, sin una articulación explícita de factores sociales o económicos. A diferencia de lo observado en Barranquilla, donde los participantes manifestaron preocupaciones sobre la desigualdad, la contaminación y el acceso a los espacios festivos, en Oruro la cartografía infantil revela una celebración más espiritualizada y menos crítica. Esta comparación sugiere que el contexto sociocultural influye de manera determinante en la forma en que los niños construyen sus mapas simbólicos, otorgando al caso barranquillero un carácter singular en términos de conciencia ciudadana desde edades tempranas.

Por otro lado, cabe mencionar que la cartografía simbólica no solo refleja la percepción del presente, sino que también funciona como un dispositivo prospectivo que permite a los niños imaginar escenarios futuros. Las preguntas orientadoras, representadas en color verde, emergen como elementos clave para identificar anhelos, temores y propuestas de transformación. En los mapas analizados, los niños expresaron deseos de inclusión, mejoras en la infraestructura urbana y protección del medio ambiente durante el carnaval. Esto pone de manifiesto que la experiencia festiva no solo es estética o recreativa, sino que también tiene un fuerte potencial formativo, al estimular procesos de pensamiento crítico, empatía y responsabilidad social.

Como resultado de esta investigación, la aplicación de la cartografía simbólica en el análisis del Carnaval de Barranquilla desde la mirada infantil ofrece resultados profundamente reveladores, tanto en términos pedagógicos como sociales. No solo se evidencia la capacidad de los niños para interpretar críticamente su entorno, sino que se consolida la noción de que la infancia es un actor cultural y político con voz propia. En comparación con otras experiencias similares en América Latina, el caso de Barranquilla destaca por su carácter participativo, su enfoque crítico y su compromiso con una educación ciudadana basada en el arte, el juego y la expresión simbólica.



CONCLUSIONES

El estudio realizado permite concluir que el Carnaval de Barranquilla, visto desde la experiencia infantil y analizado mediante la cartografía simbólica, constituye una plataforma pedagógica, cultural y afectiva de alto valor formativo. Lejos de ser una experiencia marginal o exclusivamente festiva, el carnaval se revela como un escenario dinámico donde convergen saberes locales, memorias colectivas, expresiones estéticas y procesos de subjetivación profundamente significativos para los niños. En este sentido, el análisis de los mapas simbólicos construidos por la infancia evidencia que los niños no solo participan del carnaval como espectadores, sino que lo recrean activamente, dotándolo de significados propios que emergen de sus vivencias, emociones, conocimientos previos y lecturas críticas del entorno.

Esta investigación demuestra que la infancia no es una etapa pasiva del desarrollo humano, sino una condición cultural que se expresa y se construye también desde el arte, la fiesta y lo simbólico. Al utilizar la cartografía simbólica como herramienta metodológica, se logró visibilizar cómo los niños elaboran representaciones complejas de su territorio, integrando elementos históricos, sociales, emocionales y políticos en sus producciones visuales. Cada trazo, color y disposición espacial de sus mapas festivos constituye un acto de enunciación, una narrativa situada que pone en evidencia el modo en que los niños se apropian de la tradición, la resignifican y la proyectan como parte activa de su identidad colectiva. Esta capacidad de síntesis y creación simbólica revela no solo una comprensión profunda del carnaval, sino también una forma de conocimiento alternativo que desafía las jerarquías adultocéntricas del saber.

A partir de estos hallazgos, se hace evidente que el carnaval no solo permite a los niños aprender sobre cultura, sino aprender con la cultura, generando un tipo de conocimiento transversal y multisensorial que articula lo emocional con lo cognitivo, lo individual con lo colectivo, y lo cotidiano con lo simbólico. Esta dimensión formativa del carnaval, entendida como una pedagogía expandida, permite repensar los procesos de enseñanza y aprendizaje desde una perspectiva situada, contextualizada y profundamente humana. En este marco, la práctica festiva no es un elemento accesorio, sino un dispositivo de producción de sentido que potencia el desarrollo de competencias ciudadanas, afectivas y éticas en la infancia.

Asimismo, el carnaval como experiencia vivida permite repensar la educación más allá de los márgenes del aula tradicional. La vivencia festiva de los niños y su posterior representación mediante cartografías simbólicas habilita una modalidad de aprendizaje que promueve la participación activa, el diálogo intergeneracional, la construcción de memorias compartidas y el fortalecimiento del sentido de pertenencia territorial. En otras palabras, el carnaval se convierte en un espacio de mediación pedagógica donde confluyen lo lúdico, lo político y lo estético en la construcción de saberes comunitarios. Esta "pedagogía de la fiesta", como podría denominarse, pone en el centro la voz de los niños como actores sociales y culturales, capaces de transformar sus entornos a partir de sus visiones del mundo.

Este estudio también plantea una crítica necesaria al lugar periférico que ocupan las expresiones culturales vivas del territorio en los diseños curriculares y políticas educativas actuales. La riqueza del patrimonio inmaterial, como es el caso del Carnaval de Barranquilla, no debe ser reducida a una efeméride escolar o a un contenido anecdótico. Por el contrario, debe ser reconocida como

una fuente legítima de conocimiento y una herramienta poderosa para la formación integral de los sujetos. Las instituciones educativas tienen el reto urgente de resignificar su relación con las prácticas culturales del contexto, reconociendo que estas ofrecen oportunidades únicas para el aprendizaje significativo, la construcción de ciudadanía y el fortalecimiento del tejido social. Incluir la cartografía simbólica como estrategia metodológica en estos procesos permitiría no solo visibilizar los saberes de la infancia, sino también reconfigurar las formas de producción de conocimiento desde enfoques más democráticos, horizontales y sensibles a la diversidad.

En esta línea, resulta fundamental el diseño e implementación de políticas públicas que reconozcan el derecho de los niños a participar activamente en la vida cultural de sus territorios. Garantizar estos espacios de expresión simbólica no es solamente una cuestión de acceso cultural, sino también una estrategia de justicia social que permite a la infancia sentirse parte de un proyecto común. Escuchar sus voces, interpretarlas en sus códigos propios y otorgarles legitimidad institucional es un paso decisivo hacia la construcción de una sociedad más equitativa, plural e incluyente. Además,

promover el diálogo entre saberes formales e informales, entre lo escolar y lo comunitario, contribuye a una renovación pedagógica urgente en contextos marcados por la fragmentación y la exclusión.

Finalmente, esta investigación abre nuevas rutas para el estudio interdisciplinario de las relaciones entre infancia, cultura y educación. La articulación entre cartografía simbólica y prácticas festivas se revela como una vía metodológica fecunda no solo para la investigación educativa, sino también para la intervención social y cultural en territorios diversos. Es necesario seguir profundizando en estas experiencias en otros contextos del país, incorporando variables como el género, la clase social, la pertenencia étnica y los procesos migratorios, que atraviesan la experiencia infantil del carnaval y configuran nuevas formas de habitar, significar y transformar la realidad. Escuchar a los niños a través de sus mapas festivos es, en última instancia, una apuesta ética y política por una educación que se atreva a soñar, que reconoce el poder transformador de la infancia y que entiende la cultura no como un adorno, sino como el corazón mismo del aprendizaje, la convivencia y la construcción de futuro.



REFERENCIAS

- Bermúdez, L. (2024). Infancia y patrimonio vivo: El carnaval como práctica educativa comunitaria. *Revista Iberoamericana de Educación y Cultura*, 30(1), 59–82.
- Blanco, M. (2023). *Pedagogía simbólica y ciudadanía cultural*. Editorial Cultura Viva.
- Cuesta, A., & Mármol, P. (2021). Carnaval e identidad: Prácticas patrimoniales en contextos escolares. *Revista Colombiana de Educación*, 84(3), 120–135.
- González, S., & Herrera, V. (2023). Infancia y espacio festivo: Apropiedades simbólicas desde la cartografía cultural. *Estudios Socioculturales*, 12(1), 45–67.
- Linares, M., & Cárdenas, P. (2022). La experiencia estética del carnaval en la infancia: Cuerpo, juego y emoción. *Revista de Estudios Culturales Infantiles*, 11(1), 103–125.
- Lopera, L. (2021). Metodologías creativas con enfoque participativo en contextos de infancia. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 19(2), 211–228.
- Marulanda, C. (2024). *Niños que piensan: Infancia como sujeto epistémico*. Editorial Infancia Viva.
- Martínez, J., & Duarte, L. (2022). *Imaginario social y educación patrimonial en América Latina*. Editorial de Ciencias Humanas.
- Molina, D., & Herrera, N. (2021). La infancia como agente de transformación cultural: Reflexiones desde el carnaval. *Revista de Estudios Urbanos y Patrimoniales*, 17(2), 88–106.
- Pérez, A., & Ortiz, J. (2023). Cartografías emocionales y territorio afectivo en la infancia. *Revista Colombiana de Psicología Cultural*, 6(1), 33–59.
- Ramírez, H., & Tovar, Y. (2023). Cartografía simbólica participativa con niños en escenarios culturales. *Revista Latinoamericana de Metodologías Participativas*, 8(2), 55–76.
- Rincón, B., & Peña, C. (2024). Narrativas visuales infantiles: Metodologías y aprendizajes desde el arte. *Revista Educación y Sociedad*, 25(1), 101–124.
- Salazar, E., & Mendoza, R. (2023). *Carnaval, pedagogía y ciudadanía: Nuevas miradas interdisciplinarias*. Universidad del Norte.
- Torres, J. (2022). Escuchar a la infancia: Epistemologías desde abajo. *Revista Crítica Educativa*, 14(2), 65–85.
- Torres Álvarez, R. (2022). Fiesta y crítica: Competencias sociales en contextos lúdicos. *Infancia y Cultura*, 10(1), 77–92.
- Zambrano, F. (2021). La mirada infantil en contextos de carnaval. *Revista de Investigación Educativa*, 29(3), 221–240.